

Paulína Morales

## De Merleau-Ponty al corpus nancyiano: hacia un exceso<sup>1</sup>

El cuerpo ha sido entendido como instrumento, ha sido prisión del alma, ha sido res extensa, para luego, pasar a ser entendido como fenómeno. Desde que fue pensado a partir de su donación fenoménica, fue menester encontrarnos con *algo* conectado a una consciencia que parece controlarlo, usarlo, habitarlo. Husserl dedica parte de sus Ideas II a constituir fenoménicamente al cuerpo, pero a partir de la apropiación que parecemos tener sobre éste. El cuerpo es propio ante la simple prueba de la ubiestesia. La mano que toca no solo siente constituyendo un objeto dado mediante escorzos, sino que además ella a la vez que toca, se siente tocada. Este momento constituye a un cuerpo *de* la consciencia que se extiende hacia fuera –en el sentir algo.

Más adelante, Merleau-Ponty considera el simple elemento de la sensación localizada para tornarlo a ser *el* canal para la donación fenoménica del mundo: la *chair*, el cuerpo que siente, como el que constituye un mundo, pero esta vez, no como algo externo e inmediatamente ajeno, sino que mediante una unión al cuerpo

mismo que lo siente. La ubiestesia es la evidencia fenoménica de un cuerpo que siente, pero la noesis husserleana que mentaba las sensaciones ahora se vuelve innecesaria si se le considera como un *yo* previo al cuerpo sintiente, pues este no será en Merleau-Ponty sino un constructo ulterior al cuerpo abierto al encuentro con el mundo.

En principio, en ambos el encuentro con el mundo se concibe desde una apropiación fenoménica, entendida desde esta sensación localizada en un cuerpo *mío*. Hasta entonces, la reflexión se concentraba en un cuerpo, en la sensación de un cuerpo vivo, como propio, pero en el cual aparentemente no se considera la posible impropiedad de este mismo. Y este es el cuestionamiento que Jean-Luc Nancy propone a la concepción del cuerpo que hasta entonces se hacía. En *L'Intrus* es posible ilustrar el problema que hay al momento de presuponer una apropiación del cuerpo, ¿hasta qué punto nos es propio? ¿En qué sentido es propio? Es posible entender lo propio de un órgano para un cuerpo *mío*, en tanto que permite el adecuado funcionamiento de este, con el cual me muevo en el mundo, pero con mis órganos no soy capaz de sentir al mundo, ni siquiera al mismo resto corporal que lo envuelve. Si se tratase de un asunto de control o consciencia que mente la sensación de algo, hay bastantes momentos y espacios del cuerpo “propio” que no responden bajo el control de un *yo*. De este modo, Nancy logra darle una nueva vuelta a la conclusión de la ubiestesia de Husserl, acerca de la propiedad del cuerpo, al considerar no solamente la sensación consciente de un cuerpo en mí, sino también a lo ajeno que me permite reconocer (como acto reflejo) la propiedad de lo sentido en ese momento y no en otro.

A continuación, apelaré a las similitudes que existen entre las concepciones acerca del cuerpo entre Merleau-Ponty y Jean-Luc Nancy,

<sup>1</sup> Este texto es parte del proyecto Fondecyt n. 1160479.

para afirmar un límite de no-apropiación del cuerpo, presente en ambos autores. Esto se desarrollará principalmente desde las nociones del *quiasmo* merleau-pontyiano en relación al *toque* en Nancy. De esta no-apropiación se desprende una problemática con respecto al sentido, que ya no se aporta desde un *yo*, de modo que se abordará cómo esta nueva comprensión del exceso del cuerpo repercute en el sentido detrás de las expresiones corporales.

Hay muchos indicios que apuntan a esta delgada línea entre la apropiación y lo ajeno del cuerpo supuestamente propio. Tómese como ejemplo la situación que Nancy describe en *L'Intrus* en la cual, a raíz de sus problemas al corazón, se le solicita depositar confianza en la firmeza de su corazón. Sin embargo, solo es posible tener un sentimiento como la confianza en aquello que no es de pleno manejo propio, que no es parte del *yo* volitivo sin que haya en ello una cierta ajenidad, de ahí la intrusión, no solo de su corazón nuevo, sino también de su original. Esta misma inquietud se extiende hacia manejos más complejos del cuerpo, como en disciplinas artísticas de expresión corporal, tómese como ejemplo a la danza o el atletismo, en las cuales hay todo un complejo técnico detrás que adoctrina a un *yo* consciente a manejar su cuerpo y éste en su medio. Al momento de tropezar mientras se camina, no hay un *yo* que comande la caída, o la torpeza del golpe, sino que aquello que habría sido el complejo cartesiano de “cuerpo y alma” no continuó la secuencia motriz del caminar. Y es que no hay alma o un *yo* que se sobreponga a las dificultades del cuerpo, pues en el caminar no existe un *yo* permanentemente consciente de cada paso que se da, sino que el cuerpo queda expuesto o entregado a ser. Este quehacer cotidiano sirve de ejemplo directo para ilustrar un momento (o muchos momentos) de impropiedad del cuerpo.

## 1.

Para comprender mejor esta problemática en Nancy, es necesario volver a su nueva comprensión del fenómeno del tacto, para así poder detenernos en la complejidad que ya existe en la piel. Ésta se comprende comúnmente como superficie que encierra el complejo muscular y venoso que compone nuestro cuerpo anatómico –en simples palabras. Pero a la vez que encierra, es también la apertura para las sensaciones, de esta manera es también un canal de apertura a aquello que está fuera, como si fuese una continuación del cuerpo anatómico. Afuera y dentro están determinados por esta superficie que es la piel, piel que está dentro –concentrando un cuerpo sintiente, lo cual se grafica con la ubiestesia husserleana– y que también está fuera.

Nancy, en el artículo “Piel esencial”, analiza a la piel en su cualidad dual interna-externa. Ni dentro ni fuera del cuerpo, la piel es una bisagra que se dobla, expande y contrae. Se resalta que parte de su esencia está en envolver al cuerpo, separándolo de lo externo hacia sí (en una relación interna como sistema corporal íntegro), pero por otro lado también se abre a lo externo, ante su capacidad de despegarse de la carne, pues siendo lo más externo en el cuerpo, también lo desenvuelve. El toque es una de las formas de salidas y dispersiones del cuerpo, dispersión que Nancy explica con lo que caracteriza como la “conformación” de la piel a lo tocado:

El tocar es una mirada que se conforma plenamente a su objeto y, por ello, lo retira de la objetividad de lo visible, no lo sitúa frente a sí, sino contra sí. La piel contra la piel se adapta, la une a esta, se pone en acuerdo con sus líneas, sus modelos, sus pensamientos ligeros, volátiles, cuyos perfumes flotan sobre ella. (2015: 20).

La puesta de la piel *contra sí* en el toque busca implicar a la piel como salida en un choque. Por lo tanto, se entenderá *conforme* en su etimología: con-forme, haciéndose el cuerpo *ad*

*hoc* al cuerpo de lo otro, involucramiento en el ser del otro. De modo que esta *con-formidad* de la piel, hace que este toque no implique una constitución por acto reflejo de *mi* piel, sino que el cuerpo, desde la piel, fenoménicamente se dispone abierto a lo otro, se dispone a no cerrarse a un cuerpo-en-sí.

Lo fenoménico se incorpora en este toque, ante la *con-formidad* de una piel envolvente a hacerse *con* otro. Esto, independientemente de si se tiene conciencia o no de dicho fenómeno. Pues, en este plano podemos considerar a este toque como un análogo a la sincronía con la *chair* del mundo de Merleau-Ponty, en la cual la carne está abierta a la con-formación con lo otro, en una unión tal que no hay oportunidad para anexarme como cuerpo propio, separado de lo otro, pues, tanto el toque como la sincronía, como dijo Nancy, “lo retira de la objetividad de lo visible”.

## 2.

Esta misma noción de un cuerpo ‘abierto’ (en contraposición al cuerpo *en sí*) sería trabajada por Merleau-Ponty desde su noción del *quiasmo*. A diferencia de la ubiesticia de Husserl, esta fenomenología no termina concluyendo el cuerpo *en sí* sintiente y propio, sino que en este tocar-tocarse hay un *intocable*. Este *intocable* se caracteriza de la siguiente manera:

...es *el otro lado* o el *reverso* (o la otra dimensionalidad) del Ser sensible; no se puede decir que esté allí, aunque seguramente haya puntos donde *no está* – [...] de una presencia de “doble fondo” la carne, el *Leib*, no es una suma de tocarse (de “sensaciones táctiles”), pero tampoco una suma de sensaciones táctiles + “kinestésicas”, es un “yo puedo” –... (2010: 225)

A partir de la “otra dimensionalidad” se da cuenta de que hay algo que escapa al cuerpo como carne, lo sensible –lo que podemos dar cuenta como propio. Sin embargo, el “yo puedo” indica una apropiación. Este “yo puedo” es la caracterización de una carne que

ya conforma un “esquema corporal”, como él mismo lo describirá, esquema que es tal a partir de “un contacto de sí consigo mismo”, que se da como “presentación común para” un algo.

Si bien un “sí mismo” implica un ego central, éste aparece como tal en el contacto consigo. Tal contacto de sí implica una diferencia posible, en la que lo corporal *no* es esquema, en la cual la presentación a *algo* no es común, y la carne no es *quale*. Pues en principio se indicará que “carne del mundo” no son las proyecciones de un ego: “la carne de la que hablamos no es la materia. Es el enroscamiento de lo visible sobre el cuerpo vidente, [...], que se *evidencia* especialmente cuando el cuerpo se ve,...” (132). Es por parte de esta evidencia de la carne en la cual el cuerpo parece inacabado, a partir de una diferencia en este cuerpo carnal, en el cual se une a su ser visible, repliegue de sí, con su ser vidente: un exceso de su existir en la experiencia carnal, el exceso del fenómeno.

Entonces, para Merleau-Ponty la sensación de ser tocada puede volverse tocante, habiendo un elemento que une el ser tocante y ser tocada, y esto es lo *intocable*, o lo *invisible*, el quiasmo. Hay una sincronía, que es la con-formación de un cuerpo con otro: de lo que reconozco (en la carne) como *mi* mano con lo que toco, pero entre los cuales existe un quiasmo que excede a ambos cuerpos singularizados, exceso que se manifiesta en un estado de inmanencia, en la cual *mi* cuerpo y algo *otro* se hallan en unión, o sincronía carnal, y no como *mío* y *otro*.

## 3.

Esta imposibilidad de definición se podría analogizar con la manera en la que Nancy caracteriza al cuerpo en su límite de sentido: “...no hay sentido, o incluso, *sentido*, sí, pero al que está absolutamente excluido acercarse bajo ninguna figura de “sentido”. Sentido que tiene sentido allí donde es, para el sentido, límite.” (Corpus 14). Un cuerpo que no es pertenencia,

no es significante, luego, aplicarle un sentido lo cosifica y apropia para distinguirlo de otras significaciones, tornándolo *un* cuerpo en un existir ya definido. Sin embargo, Nancy se centra en que el cuerpo se escapa a posibles apropiaciones, que impide existir *para* un sentido.

Pero, “sentido, *sí*”, dice Nancy. El cuerpo existe en tanto que *lugar* de sentido, existiendo como una forma de soporte para apropiaciones y abandonos –entendiendo soporte, no como fundamento para un sentido, sino como existencia para su emergencia. El límite para el sentido existe en el intento de apropiarlo y sumirlo bajo sí, debido a que siempre escapará a lo deíctico, pues esto demarca y encierra. El sentido que surge en el cuerpo cerrado, es lo que termina por concluir un *yo*, un significado que no *es* el cuerpo. Pero, el cuerpo está desenvuelto, sin reconocer, sin ser pensado. Es este cuerpo, previo a cualquier *yo*, el que Nancy en *Corpus* propone como el ser de la existencia, y con ello, aquel desde el cual el *yo*, en su sin-sentido, es el sentido, como un cuerpo *ego* extraño al ser de la existencia. Pero el cuerpo jamás podrá sumirse plenamente bajo el sentido de un *yo*, pues como soporte siempre está disperso, en salida.

En Nancy se enfatiza la extrañeza del cuerpo. Éste cuerpo jamás se vuelve sentido pleno (como significado), pues existe en un constante *toque*. Aquel toque que se analizó desde la piel-bisagra, concluye que el cuerpo no solo se extiende hacia un exterior tocado, sino que también existe un toque que le excede, el que se da desde su ser-tocado totalmente fundido en su existir fuera. En el toque está disperso, pues existe siendo con la existencia de lo otro –lo inapropiable. Esta misma noción es trabajada en el quiasmo de Merleau-Ponty bajo el concepto de “habitar” –pues el tacto “habita” las superficies. Este habitar y el toque nancyiano, apuntan a un cuerpo que no se limita a ser base para el sentido de un fenómeno, sino que existen sin necesidad de un *en sí* o *desde sí*.

La *expeausition* de Nancy no es sino el cuerpo que es apertura, que toca y se escapa, el *abí* que se propaga al *allí*. Un toque que no comunica, sino que transforma la distancia tocado-tocante en aproximación. Y es que el toque no puede existir en un *aquí*, sin estar siempre fuera. En este aspecto, podemos instalar una similitud con el quiasmo de Merleau-Ponty, en tanto que es aquello que escapa a las formulaciones de sentido. La invisibilidad y no-sentido, tanto del quiasmo como del toque del cuerpo, (respectivamente), son el elemento extraviado a la apropiación y las instancias de sentido. Sin embargo, para Merleau-Ponty el cuerpo se vuelve principio de las vivencias a partir de la *chair*: su enfoque está en el inminente sentido emergente de este cuerpo que llama *estesiológico*, a partir de una carne que se reconoce desde el fenómeno, que sin perjuicio de una pérdida, se vive, a partir de la localización carnal. El quiasmo enfatiza una sincronía con el mundo que instaura un estar *en* el mundo particular y único, el cual sirve de origen para un fenómeno de existir. No así, el ser de la existencia de Nancy involucra el derrame ontológico que *es* el cuerpo, y el sentido que este es, a partir de su no-sentido.

#### 4.

Hasta ahora, el cuerpo del que hemos hablado es un cuerpo que ha desbordado los límites que todos reconocemos como *nuestro* cuerpo, aquel objeto que nos porta. Este cuerpo (nuestro cuerpo-objeto) puede entenderse como el instrumento de expresiones del cuerpo-carne, es una de sus formas de salidas o de sincronía –usando las nociones de ambos autores, a partir de la analogía antes propuesta. Asimismo, este cuerpo excede significaciones de sentido, nos habla de un cuerpo que no es (al menos de manera plena) propio de un *yo*. El *yo* desde Merleau-Ponty no es sino una fórmula concluida *ex post* a aquel cuerpo cuya carne ya

está en con-moción con el mundo. Para Nancy un *yo* es un lugar del cuerpo, una vuelta a sí en un momento puntual. Así, el cuerpo tiene en sí momentos de un *yo* que se profiere desde una ajenidad: “Corpus ego carece de propiedad, de *egoidad*”.

Pero el cuerpo-objeto puede ser expresión sin ser instrumento de un *yo*: es decir, ese cuerpo siendo simultáneamente carne. Cualquier expresión del cuerpo, como lo hace por ejemplo la danza, no existe como un movimiento desde el cual surja un sentido pleno entregado por este cuerpo-*yoíco*: pues a este en expresión, el sentido jamás le es complementemente manipulable, el cuerpo se escapa a la apropiación, de sí y del sentido. El sentido no está en el cuerpo como objeto cerrado en sí (por ejemplo, al intentar concluir una emoción supuestamente entregada a partir de los movimientos de los bailarines y su ocupación del espacio), sino que emerge como cuerpo. Desde aquí es posible ver una radicalidad de Nancy, en tanto que para Merleau-Ponty el sentido emerge inacabable en la conjunción cuerpo-mundo, sin embargo para Nancy, el sentido está en la nulidad de sentido alguno en la existencia del cuerpo *allí*.

Por un lado, desde Merleau-Ponty, el sentido está en todo el complejo sincrónico de carne y mundo, el cual luego de manera *expost* se reconoce como un cuerpo *mío* danzante. El sentido no se entrega, sino que emerge de esta conjunción carnal, ya que *sentido* no puede estar premeditado –ya que entonces intervendría el *yo* husserleano que constituye su cuerpo en pleno dominio, sin haber cabida para el intocable del quiasmo. Un sentido sí surge, pero en la medida que el cuerpo no lo significa, sino que lo refiere en aquello que no logra significar.

Sin embargo, Nancy, al reconocer aquel extranjero que coexiste en un cuerpo *mío*, se afirma a un cuerpo que excede a lo propio o impropio, entendiéndolo como habiendo en él sentido al no producir sentido desde su ser.

Luego con el toque, este habitar aquí/allí se reafirma en una autonomía que escapa a apropiaciones, sale del fenómeno del tacto, como un fenómeno de expansión. En toda expresión se convierte lo incorpóreo en tocante y hace del sentido un toque, como expone en *Corpus*. En una expresión como la danza, cuerpo expuesto que no se mueve desde un designio previo, el sentido no se transmite con el movimiento, pues no existe algún sentido que apropiarse para exponer, de ahí el sentido presente. Así, el cuerpo como sentido jamás es *mío*, siempre ajeno. Así en la danza se tiene sentido (y no *un* sentido), pero en su habitar particular del cuerpo.

## 5.

Esta danza nos permite entender al cuerpo en exceso, entendido a su vez como un cuerpo-objeto, aquel supuesto instrumento de un *yo* extraviado. La danza se ha dispuesto en bastantes filosofías a ser el ejemplo del exceso, pero a su vez, también ha sido una disciplina artística dominada por técnicas de control sobre el cuerpo-objeto. Con Nancy, específicamente en *L’Intrus*, pudimos reconocer este exceso en el cotidiano convivir del cuerpo con este *yo* vigía. En su filosofía, el sentido ya no se presenta en cada quiasmo previo a la apropiación fenoménica del cuerpo (como podría concluirse del cuerpo de Merleau-Ponty, inmerso en la *chair* del mundo), sino, en la existencia misma del cuerpo fuera.

Sin embargo, a partir de este trabajo se buscó evidenciar que en Merleau-Ponty existe ya un cuerpo que oscila entre la propiedad del fenómeno localizado, y una impropiedad, en este mismo fenómeno. De modo que en la fenomenología de Merleau-Ponty ya existe un cuerpo ajeno en el momento en que cuerpo y mundo son uno: el mundo es tan propio como mi cuerpo es ajeno, pues no concluyo un

cuerpo *mío* en este mismo momento de sincronía, al haber en esta un quiasmo de pertenencias diferidas. El *yo* aparece cuando ya no hay inmersión alguna, al interferir un cuerpo como interioridad cerrada. Por ende, la expresión del cuerpo no proviene del plan del ego, sino de su particular habitar en el mundo.

### **Bibliografía**

- Nancy, Jean-Luc. *Corpus*. Traducción de Patricio Bulnes. Madrid, España: Arena Libros, 2003.
- Nancy, Jean-Luc. “Hacerse con la piel”. Traducción de Cristina Burneo Salazar. *Cuerpos y Corporalidades* (2015, Quito, Ecuador): 15-23.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Lo visible y lo invisible*. Traducción de E. Consigli y B. Capdevielle. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión, 2010.